

Jerónimo Tristante

El ENIGMA *de la*
CALLE CALABRIA

EL DETECTIVE VÍCTOR ROS EN BARCELONA



MAEVA

PRÓLOGO

Junio del año 1881

El pasajero abrió los ojos y comprobó que el tren se había detenido. Debía de haberse quedado dormido, pues su mirada, aún abotargada por el sueño, vagó perdida por el andén hasta que reparó en un inmenso cartel escrito en mayúsculas que decía: ZARAGOZA.

Medio en sueños y con la cabeza todavía apoyada en el cristal de la ventanilla, pudo observar el trasiego de mozos de equipaje, viajeros y personal de la estación que se afanaban por subir o bajar del tren a toda prisa, pues éste debía continuar su camino hacia Barcelona. Al fondo, una portezuela batiente dejó ver a una joven vestida de verde y tocada con un elegante sombrero negro que daba un beso a su novio a modo de despedida. Dos damas muy peripuestas, que en aquel momento pasaban junto a la joven pareja, gesticularon escandalizadas por el efusivo comportamiento de los novios. «¡Qué juventud!», parecían decir por sus aspavientos. Las dos señoras iban seguidas de cerca por un mozo de cuerda que ya no cumpliría los sesenta y que, cargado como un mulo, acarreaba varias maletas con dificultad. El pobre hombre estuvo a punto de caer al chocar con una gitana que vendía flores a los recién llegados deparando bendiciones o soltando lindezas y maldiciones a los viajeros de turno.

—¡La buenaventura! —proclamaba a voz en grito, anunciando que dominaba las artes adivinatorias.

El misterioso pasajero cerró los ojos grabando en su mente el colorista ambiente que impregnaba el andén y sintió, al

momento, que el tren se ponía de nuevo en marcha. El suave vaivén amenazó con hacerlo caer de nuevo en un pesado sueño, pues la noche anterior no había pegado ojo. La perspectiva de aquel trabajo en Barcelona lo había activado como un resorte. Parecía un asunto de difícil explicación, aunque aún le faltaban muchos datos. Justo lo que necesitaba: un reto.

Su rostro era agraciado, de mandíbula fuerte y recortada barba negra; sus ojos, felinos, verdes y escrutadores, luchaban por vencer el sueño. Se sentía algo excitado por su vuelta a Barcelona, al lugar donde había vivido momentos felices, despreocupados. Se estaba haciendo viejo, pero procuró no pensar en ello.

Miró a su derecha y comprobó que aquel petimetre que había subido con él al tren en el andén de Atocha, en Madrid, seguía a su lado. Su vecino de asiento era un burgués muy petulante que olía demasiado a loción de afeitado y que vestía como un galán pese a que ya no era un mozalbete. Lucía pantalón color crema muy ajustado y levita azul marino, cruzada, de amplias solapas y doble botonadura.

La mirada del pasajero somnoliento se dirigió entonces al asiento de enfrente de su compartimento, donde una vieja beata, que debía de haber subido al tren durante su pequeña siesta, leía muy embelesada un breviario. Iba vestida enteramente de negro, con cuello alto, y llevaba colgada una reluciente cruz que al viajero le pareció de oro blanco. Remataba el tocado de su pelo cano con un velo de tul negro, etéreo y vaporoso que, aunque echado hacia atrás, delataba su evidente condición de viuda. Parecía una piadosa anciana de tantas, refugiada en la religión durante sus últimos años de vida.

Cerró los ojos momentáneamente, estaba cansado.

—Buenos días —escuchó decir a una voz de mujer que sonó clara y juvenil.

La curiosidad le hizo volver a mirar y comprobó cómo su presuntuoso compañero de viaje se había levantado rápidamente

para ayudar a una joven a colocar su bolso de mano en el pequeño altillo para equipajes del compartimento.

El viajero reparó en que era la chica que acababa de despedirse de su galán tras la portezuela que daba acceso al café de la estación.

De nuevo se le cerraron los ojos:

—Don Pablo Matas y Contreras, a su servicio —escuchó decir al caballero.

—Ana Ferrán —contestó la bella desconocida con su aterciopelada voz.

El pasajero, somnoliento, agotado como estaba, permanecía con los ojos cerrados, escuchando mientras intentaba conciliar de nuevo el sueño.

—¿Va usted a Barcelona? —preguntó el señor Matas.

—Sí, sí —dijo ella—. ¿Y usted?

—También, también. Me dirijo allí a cerrar unos negocios. Acabo de tomar, como quien dice, posesión de mi acta de diputado por Cuenca, participo en una comisión que debe visitar Cataluña por el asunto de los aranceles y ya me llueven los buenos acuerdos.

—¡Vaya, enhorabuena!

—Gracias, gracias. Es una etapa que me ilusiona, la verdad. Soy un empresario de éxito, si se me permite decirlo. Me dedico a la manufactura de botones. Tengo una fábrica que exporta a media Europa. Y ahora entro en política. ¿Y usted, joven? ¿Vive en Barcelona?

—Acudo allí a casa de una tía. He quedado huérfana recientemente y ya sabe usted que una joven sola en esta vida lo tiene francamente difícil.

El viajero somnoliento volvió a abrir los ojos al escuchar este último comentario. Mientras Matas se ofrecía amablemente a hacer de cicerone en la Ciudad Condal, que decía conocer como la palma de su mano, el amodorrado pasajero repasó en detalle a la joven: bella, de hermosos ojos castaños, llevaba un elegante vestido verde que antaño presentó un amplio escote.

Este pequeño inconveniente de su indumentaria había sido enmendado cubriéndolo con una fina tela del mismo color que dejaba intuir más de lo necesario el hipnótico canal que separaba los hermosos y turgentes senos de aquella Venus. Iba quizá demasiado maquillada y sus labios eran carnosos y apetecibles. El desconocido reparó en que los pendientes de la joven eran caros: nada menos que dos brillantes adornaban los sensuales lóbulos de sus delicadas orejas. Menudo exceso.

—Acudo a Barcelona precisamente porque mi situación económica no es demasiado buena —repuso en ese momento la joven, que continuaba hablando con don Pablo Matas.

El desconocido se fijó entonces en los botines de la joven, que eran de la casa Archetti, demasiado atrevidos para acompañar el conjunto que una joven decente debía lucir. Habían quedado al descubierto al tomar asiento y mostraban unos cordones de color rojo demasiado vivo y unos relieves en la zona del tobillo que le recordaron los que usaba la Claudia, la mejor prostituta de Figueras. No eran precisamente baratos, pues los traían especialmente de Milán.

Obviamente, le pareció raro que una joven de buena familia hablara con un desconocido sobre su situación económica nada más conocerlo. Era impropio de una dama bien educada reconocer algo así delante de nadie y menos de un extraño.

La observó con más atención y siguió la mirada de la joven cuando Matas abrió su billetera para tender una tarjeta a la hermosa muchacha. Los ojos de Ana Ferrán brillaron al ver el fajo de billetes que portaba en su cartera el industrial y de ahí migraron hacia los macizos gemelos de oro que asomaban bajo las mangas de la chaqueta del caballero. Tampoco dejó de echar un vistazo a la gruesa cadena de oro del reloj de bolsillo que se perdía bajo el elegante chaleco de aquel *gentleman*.

¿Es que tu mente nunca descansa?, pensó el desconocido, quien, al ver que ya no podría conciliar el sueño, se levantó y, tomando su sombrero, dijo al salir del compartimento:

—Disculpen.

Una vez en el pasillo, se encaminó hacia el restaurante dejando atrás el coche de primera y atravesando los vagones de la gente llana, donde el ruido y las voces se hacían más audibles. Un paisano, con un enorme pan redondo, faja y pañuelo de cuadros en la cabeza, cortaba tajadas de tocino con una inmensa navaja barbera. Dos críos corrían de acá para allá y un par de viejas, vestidas de negro y de rostro inescrutable por los enormes pañuelos con que cubrían sus cabezas, dormitaban al fondo del vagón. Consideró que aquél era su verdadero lugar.

El aire de una ventanilla abierta le golpeó en la cara ayudándolo a volver en sí antes de entrar en el vagón restaurante, donde sólo un caballero tomaba una copa al fondo de la barra. Ni lo miró. Se sentó y pidió un café bien cargado. Permaneció absorto, mirando por la ventanilla hasta que le trajeron la humeante taza que, junto con un buen cigarrillo, le sacó al fin de su sopor.

Entonces levantó la vista, zarandeado por el traqueteo del tren, y se fijó en él.

El joven de la estación. El novio de la chica.

El galán al que había visto despidiéndose de la joven que, en esos instantes, charlaba animadamente con Matas en el compartimento. Se fijó en él. Era bien parecido, alto y delgado. Estaba sentado a la barra en un taburete elevado, con los codos apoyados, mirando al infinito y con una copa de coñac en la mano. Su pelo, repeinado hacia atrás, era abundante y negro, muy negro, y su rostro moreno estaba atravesado por dos imponentes patillas que le daban un aire claramente meridional. Le faltaba un pequeño fragmento del lóbulo de la oreja derecha, un tipo duro, y parecía esperar algo o a alguien. Entonces, el joven levantó su copa de coñac para beber un trago y el viajero desconocido comprobó, no sin sorpresa, que en la zona inferior de la muñeca del galán se apreciaba un tatuaje carcelario.

Vaya, se dijo, a la vez que decidía volver a su compartimento. Pagó y se levantó de su taburete. De camino pensó en que aquello era extraño. ¿Por qué iba una joven a despedirse de su

novio si luego éste viajaba en el mismo tren que ella? Tal vez el joven de aspecto duro estaba allí sin que Ana Ferrán lo supiera, para seguirla o vigilarla. Quizá era un tipo celoso. Reparó en que la joven había dicho que se disponía a comenzar una nueva vida en Barcelona y en que sólo llevaba un bolso de mano. Sospechoso.

Justo cuando entraba en el compartimento le pareció ver que el pie de la muchacha jugueteaba con el de Matas. Observó que si el ex presidiario del restaurante se presentaba allí en aquel mismo momento, Matas pasaría un mal rato.

Tomó asiento. Eso era, un mal rato. Fue entonces cuando supo lo que ocurría.

—Es usted una joven deliciosa —decía Matas—. Me gustaría visitarla, si es posible, en cuanto me instale en Barcelona. Estaré allí más de un mes.

—Claro, claro, será un placer —contestó ella, parpadeando de una manera que al viajero le pareció hasta ridícula por lo exagerada.

Comprobó entonces, sin perder detalle, que Matas tocaba con el pie la pantorilla de la joven, que estaba sentada justo enfrente de él. La beata no se percató de nada y las miradas de la joven y del caballero castellano se encontraron como si no hubiera nadie alrededor.

En aquel momento el industrial y diputado se levantó con disimulo y salió al pasillo con el pretexto de que iba a no sé dónde. El viajero desconocido se dio cuenta de que esperaba en el pasillo, pues lo vio reflejado en el cristal de la ventanilla.

Después salió ella.

El pasajero se levantó a toda prisa para buscar su bolso de mano y avisar al revisor.

La respiración de Matas era agitada. La joven no sólo se dejaba besar, sino que parecía muy excitada y emitía pequeños gemidos cuando él apretaba sus senos, que se estremecían bajo el

vestido. Aquello prometía, pensó el hombre. Toda su vida había fantaseado con la posibilidad de ganar un acta de diputado. Era la mejor manera de conseguir poder e influencia, de prosperar aún más en sus negocios y escapar de su autoritaria mujer durante largas temporadas, que le permitirían hacer de las suyas en múltiples viajes oficiales. ¡No podía creerlo! Ni siquiera había tenido que llegar a Barcelona para lograr su primera conquista y, además, la joven, nada menos que una huérfana desvalida, iba a residir en la misma ciudad que él.

Sí, Pablo Matas se las prometía muy felices.

Comenzó a subir lentamente la falda de la joven que, muy sofocada, suplicaba por su virtud. Mientras besaba el cuello de aquella apasionada jovencita, Matas luchó por quitarle el refajo.

—¡Sí... sí..! —decía ella, excitándolo aún más.

Entonces se abrió de golpe la puerta del compartimento de equipajes y apareció un tipo alto, fornido y con aspecto de duro. No vestía mal, aunque tenía cierto aire peligroso y una mirada ruda, inhumana, que se fijaba en don Pablo Matas como si fuera una presa. Éste se separó de un salto de la joven, justo antes de recibir un puñetazo en pleno rostro que le hizo rodar por el suelo. Debió de golpearse la ceja al caer, porque cuando logró ponerse en pie, un velo rojo le cubría enteramente el ojo derecho.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te rajo! —dijo el otro sacando una inmensa navaja que hizo que la joven prorrumpiera en un sonoro grito de pánico.

—¡No, no! ¡Espere! ¡Ha sido ella! —exclamó el burgués intentando salvar la vida.

—¡Lo he visto! ¡Estaba usted forzando a mi hermana! ¿Verdad? —dijo aquel energúmeno mirando a la joven, que ya se había cubierto y aguardaba sumisa en un rincón.

—Sí —afirmó ella mintiendo descaradamente—. Me ha traído aquí mediante engaños y quería violarme.

—¡No, no! ¡Miente! —gritó Matas.

—¡Te mato, bastardo! —dijo el afrentado hermano de Ana Ferrán, a la vez que con una mano tomaba por el cuello al industrial para intentar apuñalarlo con la otra.

—¡No lo mates, no lo mates! —gritaba la joven.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Tengo dinero! ¡Mucho dinero!

El joven arrojó a un rincón al diputado, que quedó allí hecho un guiñapo, y adoptó después un aire pensativo. Miró al techo con desesperación y, de pronto, dijo:

—No merece la pena que me manche las manos de sangre con usted. Llamaré a la policía y tendrá su merecido. Mi hermana es menor de edad. Es usted un sucio perverso.

Don Pablo Matas y Contreras sintió que se le hundía el mundo bajo los pies.

—No... no... espere, por favor —suplicó patéticamente—. Todo ha sido un malentendido y nadie ha salido herido. La virtud de su hermana está intacta, ¿verdad?

La joven asintió.

—¿Y qué? Es usted un delincuente, un violador de muchachas. Se le va a caer el pelo, seguro.

Matas, de rodillas en el suelo, suplicó de nuevo:

—Espere, se lo ruego. No ha ocurrido nada irreparable. Es la primera vez en mi vida que me pasa algo así y no volverá a pasar, se lo juro. No sé qué me pasó por la cabeza, creí que ella quería, se lo aseguro. Un escándalo no conviene a nadie, ni a mí ni a su hermana. Estoy dispuesto a compensarles por el mal rato que ha pasado la joven y por el sufrimiento que le pueda haber causado a usted, de verdad.

El hermano de la joven cerró la puerta y la miró como pidiendo consejo, mientras el industrial sacaba su billetera y les tendía un buen fajo de billetes. Hizo otro tanto con su reloj.

—Los gemelos —ordenó el afrentado.

Matas se deshizo de ellos y la joven tomó el dinero y las prendas que les entregaba el diputado metiéndoselo todo bajo el refajo en un gesto que resultó un tanto ordinario viniendo de una joven dama.

Don Pablo, que permanecía de rodillas, se sintió algo aliviado. Parecía que iba a salir con bien de aquello. Tenía un aspecto patético. La corbata aflojada, la pechera de la camisa rota y algunos mechones de su cabello, que debían cubrir su ya avanzada calvicie, caídos ridículamente hacia la derecha.

—Míralo —dijo el joven moreno—. ¡Qué pena de hombre!

En aquel momento el tren se detuvo.

—Perfecto —añadió guardando la navaja—. Conforme al horario previsto, como siempre.

—¡Daroca! —gritó el factor de la estación indicando la parada a los viajeros.

Fue entonces cuando don Pablo lo comprendió todo, al ver que la joven tomaba del brazo a aquel chulo mientras lo miraba sonriendo. Lo habían desplumado. Había sido víctima de un timo. Ahora lo veía claro.

¿Cómo iba a querer una joven como aquélla mantener relaciones con un vejstorio como él, al que apenas conocía y, por ende, en el compartimento de equipajes de un tren? Eso no ocurría ni en la más increíble de las novelas de amor que leía su mujer. Pensó en ella y sintió que le invadía el pánico. Merecía la pena callar, perder el dinero si cabe, los gemelos y el reloj suizo, con tal de que no trascendiera lo ocurrido. Acababa de salir de su pueblo y ya lo habían timado. Se sintió avergonzado.

—Ahí te quedas, pardillo —dijo el timador abriendo la puerta del departamento de equipajes y sacando la cabeza para ver si el camino estaba despejado.

El sonoro clic de un arma al ser amartillada y el frío acero del cañón en la sien paralizaron al momento a aquel chulo. Unas esposas se cerraron sobre su muñeca, dejándolo anclado a una agarradera del pasillo.

—Espose a la joven, revisor —dijo una voz que surgió de la derecha.

El tipo en cuestión, bien vestido, de barba recortada, amplia frente y luminosos ojos entre verdosos y pardos, mantenía encañonado al timador.

—Quedan ustedes dos detenidos —repuso solemnemente.

Matas reconoció al viajero que había permanecido dormido a su lado durante casi todo el trayecto mientras él flirteaba con la joven.

—¿Usted? —acertó a decir balbuceando, a la vez que se ponía de pie con dificultad.

—Víctor Ros, inspector de policía de la Brigada Metropolitana —contestó su salvador inclinando la cabeza—. Me temo que, en cuanto lleguemos a Barcelona, estos dos pájaros pasarán un largo tiempo a la sombra. Ha tenido suerte, caballero.